

ct

La cabaña

de
Ana Alkimim

(fragmento)

Extractos.

1)

VERA

Estamos exactamente donde lo dejamos hace quince años. Salvo que más exasperantes.

IVÁN

¿Dónde lo dejamos?

Pausa.

VERA

En tu historia.

IVÁN

¡Ah! La historia. No es muy bonita. Pero a eso he venido. A contártela.

VERA

¿Es de correrse?

IVÁN

Esta no. Ven.

Ella llega hasta él.

IVÁN

Érase una vez un hombre. Un hombre que se estaba muriendo. Un bicho terrible y maligno se le había metido en el cuerpo y se lo estaba comiendo por dentro. Como se sentía mal y cada día que pasara se sentiría peor, tomó una decisión. Viajó leguas y leguas para encontrarse con una mujer a la que amaba, a la que había amado más intensamente que a nada. A pesar de que su amor no había sido correspondido, creía que aquella mujer podría salvarle de su tormento, porque la consideraba la persona más fuerte, valiente y comprensiva que había conocido. La que mejor escuchaba sus historias. Así que fue a buscarla y le susurró al oído: “¿Me ayudas a morir?”

Ella le mira sorprendida.

2)

VERA

Mi padre murió a los siete días de que me enterara de que estaba enfermo. Pobre. Era muy confuso. Medio ausente. (*Irónica*) Después de su muerte, absoluta y eternamente ausente. Y de repente se convirtió nada más que en doce fotografías y tres canciones en inglés, en su inglés, grabadas en una casete, que no eran otra cosa que versiones en idioma imaginario de lo más hortera del panorama

musical. Lo guardé todo en una caja y le puse una etiqueta: “padre”. Y lo guardé dentro de un armario. Estaba indignada. Me parecía que había sido débil y cobarde. Que se murió porque quiso. Antes de enfermar, yo le preguntaba: “¿Qué pasa cuando se muere la gente?” Y me decía: “Que todo se acaba.” *(Riendo)* En su última semana se pasó día y noche viendo misas por televisión. Pobre. En fin, no importa. *(Pausa)* ¿Tú qué crees?

3)

ISABEL

Tienes todo el derecho a pensar que el mundo es lo que tú quieres que sea, a ir pregonando tus ideas utópicas como que la cultura es un bien mayor; que todos debemos velar por la selva amazónica; que los musulmanes tienen derecho a creer en lo que les plazca y que los occidentales no debemos adoctrinar a nadie; que existen formas no convencionales de amar, etc., etc., etc. Y tienes razón. Tienes toda la razón. Todo eso es verdad. Hasta que te das de bruces con la realidad. Y resulta que el gobierno invierte en cultura cuándo miles de personas se mueren de hambre en el país. Y los que comen, comen gracias a que la Amazonia es devastada para alimentar al ganado con que se alimenta a la gente; Algunas mujeres musulmanas tienen mutilado el clítoris para evitar que sientan placer durante el acto sexual; es impuro, es pecado. ¡Pero están en su derecho y nosotros no somos quiénes para ir allí a impedirlo!

VERA

¿Qué tiene que ver el panorama socio-económico-político-cultural del mundo globalizado con Iván y conmigo?

ISABEL

En tu caso, querida, la realidad a la que te tienes que enfrentar soy yo: una funcionaria que aún cree en el amor eterno, en el matrimonio, en algún dios, en la importancia de la fidelidad, en el final feliz de la telenovela, a pesar de lo dura que puede llegar a ser la vida, y que, de forma irritante, todos los días del año, de toda su vida, desde hace 40 años, elegiría “Sonrisas y Lágrimas” como película preferida. Esa es quien te obliga a bajar de la nube de egocentrismo en la que te sientes única aplicando a la vida real las conclusiones que has sacado de todos lo que has leído sobre las relaciones amorosas del siglo XXI. Porque casualmente, ella es la esposa del hombre con quien follaste, te corriste, intercambiaste caricias y secretos, en algún cuartucho de hotel, y porque, por suerte o por desgracia, ella, o mejor, yo, estoy ahora ante ti, en tu propia cabaña, deseando beber unos tragos de tu botella de güisqui y queriendo hablar de algo tan convencional, y para ti tal vez incluso irreal, como el amor. *(Pausa)* Después de todo, si no hablamos de eso, ¿de qué vamos a hablar? ¿De las rebajas?

4)

VERA

Cuando mi hijo empezó a hablar sus primeras palabras, sobre todo las primeras frases, no quería alejarse de mí. No podía entenderlo. Ahora que estaba creciendo, caminaba e incluso podía correr, en vez de querer ir más lejos, ¡cada vez necesitaba más mi presencia! Hasta que comprendí que yo era la única persona que le comprendía. Que comprendía aquella confusión de sonidos que emitía. Y eso lo tranquilizaba. Entonces descubrí lo que nos mueve. La necesidad de que alguien nos comprenda.